

La visibilidad de los traductores
en la historia y en el arte
y el apocamiento del traductor

Miguel Ángel Vega Cernuda

Wie viele Schwierigkeiten und Missverständnisse konnten vermieden, wieviel Zeit gespart werden, legte man die Dinge vertrauensvoll in die Hände eines Übersetzers; (Fr. Gentz)¹

1.- Tipología de la historiografía de la traducción

Desde la época en la que los estudios de la traducción hicieron aparición, hace sesenta años, en las universidades, estos vienen padeciendo un ahistoricismo endémico. De ello tienen culpa, en parte, tanto docentes como profesionales de la traducción que piensan que la historia de la disciplina es una cuestión subordinada tanto en la docencia como en el ejercicio de la misma. Ciertamente es que paulatinamente este ahistoricismo se va paliando y en la actualidad, cuando gracias al esfuerzo de muchos investigadores vamos disponiendo de un respetable corpus de historia de la traducción, es necesario destacar y evaluar las diferentes corrientes que se van perfilando en el ejercicio de la misma. Son dos las orientaciones metodológicas de la historiografía de nuestra especialidad. Por una parte y desde el inicio se ha decantado una historiografía concebida como parte integrante de la teoría de la recepción literaria. Es ésta quizás la corriente dominante en el gremio de los historiadores de la traducción. La conocida obra de H. van Hoof *Histoire de la Traduction en Occident*,² deriva hacia esta modalidad historiográfica de la disciplina al igual que la obra española de Francisco Ruiz Casanova *Aproximación a la historia de la traducción*.³ Es una corriente que se ejerce sobre todo en el ámbito de la traducción literaria y de la historia y crítica de la literatura. Sus resultados son importantísimos, aunque todavía no han conseguido llegar, a pesar de su relativa antigüedad, a lo que, en nuestra opinión, debería ser la meta de semejante historiografía: hacer de la traducción una parte del sistema literario de una época, de modo que figurase, junto a la novela, el teatro o el ensayo, en los manuales y estudios de historia literaria⁴. En esta modalidad historiográfica se dan diversos grados de “textocentrismo”. La primera de las mencionadas es obra indicativa de esa concepción un tanto reductora

1- Citado según Burkhardt Wolf, “Quiet Diplomacy. Macht und Ohnmacht politischer Dolmetscher” en D. HERTEL y F. MEYER, (2009), *Diesseits von Babel. Vom Métier des Übersetzers*. Colonia: Sh-Verlag, p. 110.

2- H. VAN HOOF, (1991), *Histoire de la traduction en Occident*, París, Duculot.

3- J. F. RUIZ CASANOVA, (2000), *Aproximación a una historia de la traducción en España*, Madrid, Cátedra. Deberíamos citar también como ejemplo de esta historiografía la última aportación a la historiografía general de la disciplina: la de BRUNO OSIMO (2002), *Storia della traduzione*, Hoepli.

4- Sólo a título de ejemplo mencionaremos un caso de historiografía literaria que, siendo excelente en su conjunto, adolece de una consideración manca de la literatura: aquella para la que no existe la traducción: LUIS ÑIGO MAYORAL (coord.), (2002), *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Cátedra.

y minimalista de la historiografía de la especialidad, a saber, como mera “historia del texto traducido” que deja de lado otros muchos aspectos y determinaciones causales del mismo⁵.

Existe otra historiografía que deriva más bien hacia el estudio sociológico de la traducción y que podíamos englobar bajo el epígrafe “historia de los traductores”. Sin embargo, a pesar del “encanto por lo biográfico” que vuelve de nuevo no sólo a las bellas letras, sino incluso a la crítica especializada, esta tendencia no logra cuajar en nuestra historiografía. La práctica preferente, aunque no exclusiva, de esta “historia de las traducciones” no logra hacer llegar a la sociedad la relevancia de la actividad ni dar al traductor la necesaria opacidad. El traductor sigue siendo el gran ausente de la historia. Y es evidente que tanto los planteamientos como los resultados de la traducción dependen de los currículos vitales de esos servidores de la palabra que son los versores. A la hora de hacer crónica de la actividad no debe perderse de vista la posible causalidad que derive de las particulares circunstancias personales y profesionales del traductor. ¿Se podrá interpretar la carta *ad Panmacchium* de Jerónimo de Estridón al margen de las circunstancias biográficas en las que surgió? Difícilmente. Y no es que pretendamos poner nuestra disciplina en una onda anecdótica a la que una reciente publicación (de título chocante “¿Sabía Rilke andar en bicicleta?”) hacía referencia. Pero sí debemos dar al César lo que es del César y al traductor concederle el puesto que debe ostentar en la historia. Y para ello es necesario destacar el elemento curricular en nuestra historiografía.

El día en que el traductor gane la imagen histórica que merece, gozará de una mayor consideración social y la sociedad manifestará un mayor respeto por la “cosa en sí” y un más acendrado “amor a la verdad”. Por eso en el *Handbuch Translation*, en el capítulo dedicado a la historia de la traducción, se afirma de manera tan categórica como ineficaz una gran verdad y una percepción general en el gremio que no se traduce en las consecuencias oportunas:

*Die Geschichte der Translation wirft Licht auf Übersetzer, die häufig ein Schattendasein geführt haben, und verhilft sowohl Berufsübersetzern als auch der Allgemeinheit zu einem besseren Verständnis dafür, welchen Beitrag die Übersetzer durch sämtliche Epochen hindurch zur Entfaltung des Geisteslebens geleistet haben.*⁶

Es esta pretensión, la de arrojar luz sobre la vida en penumbra de los traductores y la de comprender mejor la profesión, la que ha dado lugar a

5- Esa orientación es la que sigue la mayor parte de los trabajos provenientes de los profesionales de la filología. Ejemplo de este aserto es el estudio de ROLOFF, V., (1994), *Übersetzungen und ihre Geschichte*, Tübinga, Günther Narr Verlag. Hace honor a su título: “traducciones” y su historia.

6- M. SNELL-HORNBY, (1999), *Handbuch Translation*, Tübinga, Stauffenburg.

una segunda corriente que ha hecho aparición recientemente entre los historiadores de la traducción, que tuvo su inicio en la *Biblioteca de traductores españoles* de Menéndez Pelayo⁷ y que a partir de la obra dirigida por J. Delisle y J. Woodsworth *Les Traducteurs dans l'histoire*,⁸ de enorme interés y justificado éxito, ha tomado nuevo impulso. Esta corriente trata de resaltar los servicios que los traductores han prestado a la humanidad en el ejercicio de la traducción y en el de sus actividades paralelas. *Portraits de Traducteurs*⁹ y su *pendant* femenino siguen por la misma senda.

Dado que en este sentido apenas hemos echado a andar, obviamente queda mucho por hacer y esta modalidad historiográfica está lejos de conseguir, hasta ahora, el objetivo natural de semejante enfoque: el que la traducción figure en las exposiciones de historia cultural y de historia general como factor explicativo, como ciencia auxiliar a la par con muchas otras disciplinas que la historiografía considera parcelas integrantes de sus consideraciones: la sociología, la política, la numismática, la diplomática, etc. Quizás un ejemplo ponga de manifiesto lo que queremos decir: el hecho de que la clásica obra de "historia cultural" *La cultura del Renacimiento en Italia (Die Kultur der Renaissance in Italien)*¹⁰, de J. Burckhardt (1818-1897), obra que pretendía ser una exposición integral e integradora del panorama cultural italiano en el momento más pletórico de su cultura, no hiciera mayor mención de la actividad traductora que entonces se emprendía en la Península y que estaba contribuyendo como fermento al desarrollo cultural de esta, no manifiesta sino el pernicioso carácter transparente, diáfano de la traducción y de los traductores. Y lo que es más grave, hace a esta obra una gran obra fallida. En la exposición de Burckhardt, el traductor no parece haber existido en la sociedad renacentista. En efecto, a lo largo de su prolija obra, realizada tras largos años de estancia en Italia, el profesor de Basilea dedicaría largas páginas a los más diversos fenómenos del Renacimiento: "Staat als Kunstwerk", "Entwicklung des Individuums", "Wieder-erweckung des Altertums", "Die Entdeckung der Welt und des Menschen", "Die Geselligkeit und die Feste", "Sitte und Religion", "Die Kunst der Renaissance". Pero algo que se pareciera a una mención honorable de la frenética actividad traductora del Humanismo italiano, que a la sazón producía una enorme cantidad de *volgarizzamenti* brillaba por su ausencia. Incluso en el capítulo en el que debería haber considerado la traducción como condicionante del cuadro intelectual, el autor se despachaba con una muy exigua afirmación. En el apartado que dedicaba al despertar de los estudios de la Antigüedad

7- MENÉNDEZ PELAYO, M., (1963), *Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, CSIC, 1963.

8- DELISLE J. Y WOODSWORTH J., (1955), *Les traducteurs dans l'histoire*, Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa.

9- DELISLE J., (1999), *Portraits des traducteurs*, Ottawa, Presses de l'Université d'Ottawa.

10- BURCKHARDT J., (1860), *Die Kultur der Renaissance in Italien. Ein Versuch*, Basilea, Schweighauser.

(*Wiedererweckung des Altertums*), tras mencionar la versión que Boccaccio hizo de la *Iliada* y de la *Odisea* con la ayuda de un griego calabrés, el historiador suizo afirmaba el descubrimiento de nuevos autores a través de la actividad de los copistas y del *eifrigste Betrieb des Ubersetzens aus dem Griechischen*. Esta es la única, escandalosamente única, referencia a la traducción en una obra de centenares de páginas dedicadas al desarrollo intelectual de una época única en un país único.

Si Burckhardt, que con procedimientos historiográficamente heterodoxos pretendía una “historia cultural”, se desentendía de esta manera de la traducción ¿qué no habrán hecho otros historiadores que no practicaban el método “cultural” de Burchkhardt, tales como Ranke, Mommsen o von Pastor? Sin embargo, a un observador crítico de la historia y de la historiografía que esté mínimamente motivado por los problemas de la comunicación humana, le resultará enormemente extraña esta ausencia de nuestra actividad en las exposiciones históricas: porque ¿es posible prescindir de la situación comunicativa en la que actuaban los supuestos sujetos históricos (los gobernantes, los caudillos guerreros, las sociedades, los profesionales del comercio) a la hora de trazar causalidades y consecuencias en el decurso histórico? ¿Se puede explicar coherentemente, por ejemplo, la guerra franco-prusiana sin considerar el Telegrama de Ems (*Emser Depesche*), un pretendido malentendido en la comunicación entre las dos máximas potencias continentales del momento? ¿Es posible trazar con coherencia la historia de las relaciones de Francia bajo Luis XIV con la Sublime Puerta sin tener en cuenta la *École de Jeunes de Langues*, institución albergada en el convento de capuchinos de Estambul, a la que por disposición de Colbert se enviaban seis muchachos para que estudiaran el turco? Esta “Escuela de Muchachos de Lenguas”, ¿fue mero efecto de las relaciones franco-turcas o también condicionante de muchas de ellas? Friedrich von Gentz, “eminencia gris” del canciller Metternich y alma del Congreso de Viena, afirmaba el carácter nuclear de la traducción en las relaciones internacionales cuando aconsejaba poner los asuntos en manos de traductores para evitar dificultades y malentendidos en las mismas.

Pues bien, esta situación de ausencia, de transparencia historiográfica de la traducción y de los traductores es insatisfactoria y perjudicial no sólo para la percepción social y cultural de la actividad, sino lo que es peor, para la percepción correcta de la realidad histórica. Es preciso que a medida que la disciplina “historia de la traducción” se vaya haciendo más veterana, vaya descargando sobre la historia general sus resultados. Una futura exposición histórica sobre el juicio de Nuremberg no debería prescindir en sus consideraciones de la labor de los intérpretes, que fue decisivo en el desarrollo del juicio. En efecto, se sabe que la simpatía o antipatía que los jefes nazis provocaban en estos pudieron determinar la comunicación entre acusados y acusadores. La relación entre el segundo capitoste del Régimen, Goering, y su intérprete, un judío alemán emigrado,

pone de manifiesto el carácter determinante de la comunicación en el desarrollo del proceso.

En todo caso justo es decir que tanto una modalidad como la otra de la historiografía de la traducción, con objetivos distintos, contribuyen a que en un futuro cercano podamos trazar un perfil integral de lo que realmente ha representado nuestra actividad en la historia.

2.- Lo “biográfico” en la historia de los traductores y de la traducción

Y no menos justo es añadir que tanto en una como en otra modalidad de esta historiografía la mayor parte de las veces se desatiende el momento biográfico. Actualmente, la crítica literaria parece descubrir de nuevo el “encanto por lo biográfico”. El método “biográfico”, que tanta fecundidad ha tenido en la historiografía literaria y cultural (podríamos mencionar en este sentido, a título de ejemplos, la “vida ejemplar y heroica” de Cervantes de Astrana Marín, 1948; la del Dante de Bargellini, 1964, o la de Bach de Albert Schweizer, 1905) debería abrirse paso en la historia de nuestra disciplina. Como en todas las actividades humanísticas hay que considerar que detrás de toda traducción hay una persona cuya biografía, cuyo currículum, cuya “caja negra” mental y cuya situación social, resultado complejo de muchos factores, han determinado, como en el escritor o en el artista, el producto final y la eficacia social de este. El traductor, además de ser un profesional del texto, es un ser humano producto de la situación social y de la época en la que desarrolla su actividad. A lo largo de la historia ha demostrado una dedicación a la propagación de “valores” humanísticos, a través de la versión por supuesto, que bien merecería una atención más allá de los rendimientos estrictamente “textuales” prestados a la sociedad. Hay que revolverse contra una crítica que convierte la historia de la traducción en una mera cuestión lingüística o de análisis de la acribia o precisión laboral del traductor. No solo la efectividad de una traducción, sino también su naturaleza va mucho más allá de la perfección lingüística o estilística del texto meta, criterio este con el que ordinariamente se juzga, incluso a la hora de emitir veredictos o conceder premios, la eficacia y el valor de una traducción. El traductor no es un “profesional del texto” en estado puro, sino una persona que, dentro de una amplia gama de intereses, se mueve, no sólo por el beneficio económico y profesional, sino también por la conciencia o la satisfacción de servir a la sociedad en la que vive un producto que puede enriquecer su visión del mundo o ampliar su abanico de competencias. Este producto vendrá condicionado a su vez por su preparación, su ideología o el entusiasmo con los que emprenda su tarea o por la retribución con la que se le recompense. Y más allá de todo esto, una versión es testimonio de la personalidad de quien

la hace. Todos estos aspectos –intereses, beneficio, conciencia, satisfacción o personalidad, causa y condicionante de una traducción–, deberán ser investigados a la hora de emprender una historia de la disciplina que se pretenda integral. Determinar los factores de formación que han llevado a un traductor a traducir una obra concreta y no otra, las motivaciones que le han podido inclinar por una u otra opción traductora, bien de método o de procedimiento, siendo tarea del análisis histórico de la traducción, solo será asequible o conjeturable a través del estudio e investigación del currículum personal, de la biografía del traductor. El que fray Luis de León, a la hora de verter el *Cantar de los Cantares*, haya optado por la estrategia de la literalidad frente a la “versión sensual”, de sentido, por la que optó su hermano de hábito Martín Lutero en la traducción de la Biblia son cuestiones que pueden explicarse a través del buceo en la biografía de ambos traductores. Los dos viven en una misma época y los dos han recibido posiblemente la misma formación. Sin embargo, van a adoptar unas estrategias totalmente contradictorias. Igualmente el hecho de que Lutero en la versión del célebre pasaje paulino de Romanos, 3 (*arbitramur hominem justificari ex fide*) realizara una “ampliación” introduciendo la palabra “allein” (“sola”), inexistente en el texto latino, posiblemente tenga que ver más con sus problemas personales acerca de la concepción del Cristianismo que con su visión de la metodología traductora. El hecho de que el franciscano Bernardino de Sahagún, en vez de misionar a la manera tradicional, se decidiera a recuperar la sabiduría de los aztecas traduciendo sus célebres *huehuetlahtolli*, tiene que ver sin duda con una visión particular, solo biográficamente determinable, de su misión y con las vivencias particulares que pudo tener en su convento de Tlatelolco en el trato con los indígenas. En definitiva, al igual que una historia de la arquitectura que no contempla las motivaciones personales de los arquitectos, las implicaciones sociales de sus creaciones y su recepción fallaría en su escopo definitivo, una historia de la traducción que prescindiera de su sujeto y del entorno de este dejará de explicar en profundidad las causas y, quizás, los efectos de la traducción. Tarea inevitable de una nueva historiografía debe ser la consideración del currículum del traductor.

3.- La biografía y el apocamiento de los traductores

Hay otra razón, de gran relevancia, por la que debería ahondarse en el estudio de lo biográfico en la historiografía de la traducción. Es precisamente la consideración y la ponderación del ductus biográfico lo que puede contradecir ese pecado original que pesa sobre la profesión y que Ortega ha formulado como “apocamiento”. No postulamos biografías literarias a semejanza de los que realizaron un Stefan Zweig sobre Erasmo o Emil Ludwig sobre Napoleón; ni ficciones sobre traductores como las que Goethe hizo sobre los artistas Tasso o Cellini, o Pushkin, Mörike o Shaffer sobre Mozart –aunque

ha habido traductores que han constituido motivo de creación literaria, aspecto éste que debería incluirse en una historia de la traducción concebida con criterios de disciplina humanística— sino investigaciones documentales, psicológicas y sociológicas sobre el currículum profesional y personal de los traductores. En la actualidad, cuando se habla de la “caja negra” del traductor, ¿cómo podremos abrirla sino a través de la biografía?

Semejante empresa tendría ante sí una enorme tarea, pues existe un reservorio importante de biografías que tanto en las artes y en las letras universales como en la historia general destacan por su actividad traductora, actividad que, sin embargo, ha quedado eclipsada en aras de esa insignificancia que la cultura atribuye a la traducción y a los traductores. El número de traductores que del anonimato han pasado a la historia es considerable y testimonia que muchos de ellos han poseído el temple necesario como para adoptar decisiones comprometidas, no solo traductivas, sino, lo que es más importante, de carácter personal y social. Ello pone en entredicho esa que podríamos llamar “petición de principio” orteguiana que postula para el traductor una falta de personalidad. Solo a título de ejemplo y con carácter sumario repaso a continuación algunas trayectorias vitales que han saltado de la historia de la traducción a la historia universal de la política, la cultura o el arte y que demuestran la importancia y en su caso, la grandeza, de la labor realizada por los traductores. Huelga decir que dejamos aparte aquellas personalidades de escritores que paralelamente ejercieron como traductores y las de traductores que han pasado a la historia como tales pero no han sido objeto de consideración bibliográfica u objeto de ficción literaria o artística.

4.- Grandes traductores en la historia

A la hora de repasar la visibilidad de los traductores en la historia débese comenzar mencionando dos obras cumbres de la literatura universal que manifiestan el máximo respeto por la traducción y por los traductores. Son el *Quijote* y el *Fausto*. Cervantes, al comienzo del capítulo IX, hace de su novela un producto de la tarea traductora: hallándose en cierta ocasión en la Alcaná de Toledo, el narrador de la historia habría observado cómo un muchacho pretendía vender unos pliegos en arábigo. Tras comprarlos, los entregaría a un traductor morisco para que los vertiera en lengua castellana. El resultado de la versión sería la historia del ingenioso hidalgo narrada por Cide Hamete Benengeli:

Aparteme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor y roguele me volviere aquellos cartapacios (...) en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada ofreciéndole la paga que quisiese (...) y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad.¹¹

11- MIGUEL DE CERVANTES, (1998), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Castalia, ed. Sevilla Arroyo, p. 153.

También el genio máximo de las letras alemanas J. W. Goethe, él mismo traductor ocasional, ha erigido en su obra maestra un monumento poético, no al apocamiento, sino a la profunda capacidad de reflexión del Reformador. En el *Fausto I*, en una de las escenas desarrolladas en el solitario apartamento del insatisfecho mago, el *Gotisches Studier-zimmer*, nos presenta al mago protagonista metido a traductor y luchando con la expresión exacta. Está tratando de dar la exacta versión alemana al inicio del Evangelio de San Juan, *in principio erat Verbum*, y la escena parece tener como modelo el pasaje del *Sendbrief vom Dolmetschen* (Carta circular acerca de la traducción) en el que Lutero expresa la lucha por la palabra que en su reclusión en la Wartburg le supone la traducción de la Biblia. Para probar la ponderación filológica con la que había actuado en la redacción del texto terminal, en la carta afirmaba que, en ocasiones, él y sus compañeros de tarea versora (Mattäus Aurogallus, autor de una gramática hebrea, y Philip Melanchton) habrían estado discutiendo durante días tres líneas del libro de *Job* en un intento de lograr la expresión exacta. Goethe, al poner a Fausto en el pupitre del traductor, estaba haciendo alusión a esta hora estelar de la historia de la traducción y de la historia alemana. A la hora de verter el término “logos”, “verbum”, el fracasado Fausto duda entre los términos *Wort* (palabra), *Sinn* (sentido), *Kraft* (fuerza) y *Tat* (acción):

Geschrieben steht: »Im Anfang war das Wort!«
 Hier stock ich schon! Wer hilft mir weiter fort?
 Ich kann das Wort so hoch unmöglich schätzen,
 Ich muss es anders übersetzen,
 Wenn ich vom Geiste recht erleuchtet bin.
 Geschrieben steht: Im Anfang war der *Sinn*.
 Bedenke wohl die erste Zeile,
 Dass deine Feder sich nicht übereile!
 Ist es der *Sinn*, der alles wirkt und schafft?
 Es sollte stehn: Im Anfang war die *Kraft*!
 Doch, auch indem ich dieses niederschreibe,
 Schon warnt mich was, dass ich dabei nicht bleibe.
 Mir hilft der Geist! Auf einmal seh ich Rat
 Und schreibe getrost: Im Anfang war die *Tat*!¹²

Pues bien, esa lucha titánica con la palabra de Fausto es el núcleo de la personalidad del traductor a lo largo de la historia, que ha quedado representado por tres máximas figuras de la historia universal: Jerónimo de Estridón, la Malinche y Martín Lutero. Las tres han pasado también a la historia del arte. La ingente iconografía jeronimiana (uno de los motivos más frecuentes del arte cristiano) a lo largo de la historia del arte (Ghirlandaio, Antonello de Messina, Durero, etc.); los motivos malinchianos del

12- Citado según edición electrónica Projekt Gutenberg/Der Spiegel, Goethe, *Faust I*, escena “Studierzimmer“. Consulta realizada el 15.04.2010.

muralismo de Orozco, Rivera o Siqueiros, que en algún caso incorporan a Jerónimo de Aguilar, o los retratos del Reformador alemán por parte de Cranach, Holbein y otros pintores renacentistas y románticos alemanes son testimonio de ese tránsito del ámbito de la profesión a la historia general y del arte.

La de Lutero es una de las grandes personalidades universales que conmocionó precisamente las estructuras de la Iglesia y del Sacro Imperio a través de su pensamiento y de sus traducciones. No es de extrañar que haya tenido una enorme recepción en las letras y en el arte. La utilización de su figura con objetivos políticos hizo que episodios concretos de su biografía fueran utilizados como frecuente motivo de representación artística. El grabado del siglo XVI que representa a Lutero como *Hercules Germanicus* blandiendo el mazo del forzado héroe clásico sobre un católico en hábito dominico o los cuadros historicistas que ilustran la vida de Lutero en las estancias en las que tradujo la Biblia en el castillo turingués de la Wartburg (Paul Thumann), hacen más hincapié en su categoría de fundador de una confesión y de ideólogo de la misma que en su carácter de esforzador elaborador del texto bíblico. Lo mismo puede decirse de los cuadros que hacen referencia a la supuesta e incierta fijación de las tesis, *Thesenanschlag*, en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg (de Ferdinand Pauwels), acto que constituyó propiamente el comienzo de la Reforma, o el que representa la quema de la bula papal. Los retratos que le hiciera el pintor de la Reforma Lucas Cranach, vecino de Wittenberg durante mucho tiempo, la representación devocional del tímpano en la “puerta de las indulgencias” (*Thesentür*) de la iglesia del castillo (un Cristo a cuyos pies se hallan postrados los reformadores), el grabado, también de Cranach, que le representa en su incognito como Junker Jörg (muy favorecido en relación a otros retratos más auténticos), son testimonios de esa utilización con fines de propaganda –sobre todo en la época de las guerras de religión y del *Kulturkampf*– y, en muchos casos, devocionales. El célebre Cranach-Altar de la Iglesia de Herder de Weimar, en el que a los pies de Cristo crucificado se halla san Juan Bautista junto con el duque de Sajonia y Lutero, que con el dedo índice señala el evangelio abierto sobre su brazo (aludiendo con ello a la primacía de la “palabra”), tiene un valor testimonial de identidad confesional frente al catolicismo. Son también numerosas las estatuas que en plazas y mercados de las ciudades del Este alemán sobre todo (Erfurt, Eisleben, Eisenach, etc.) representan a Lutero: en pesado ropón doctoral normalmente porta como atributo, bajo el brazo o en la mano, “el libro” que tradujo. Incluso el zócalo o pedestal de algunas de estas estatuas (en la de Eisenach, por ejemplo) figura a la manera de “san Jerónimo”, sentado en el pupitre en actitud de traducir sentado y con el instrumental que sugiere el entorno de un “Gehäuse” o “studiolo”.

También la literatura ha novelado en no pocas ocasiones, parcial o íntegramente, la vida del Reformador. Las relaciones amorosas de Lutero

con la monja Katharina von Bohra ha dado pie a mitificaciones e idealizaciones románticas, como la que refleja Asta Schieb en su *Kinder des Ungehorsams*¹³. Actualmente, en Wittenberg, ciudad en la que tuvo lugar la fundación de la Reforma, se celebra en el mes de junio un festival que escenifica su relación y su boda con la no muy favorecida Katharina. En este como en muchos otros textos, la figura del Reformador se trata prescindiendo de su perfil de traductor para hacer valer los rasgos personales más generales y humanos.

En el cine son numerosas las cintas que se han dedicado a la vida y a los milagros de Martín Lutero. Su tempestuosa vida de agitador social se presta para que el relato cinematográfico atraiga y mantenga el interés de los espectadores. Ya en 1927, en medio de las conmociones sociales de la República de Weimar y bajo la égida expresionista, Hans Kyser realizó una cinta (*Luther*) que focalizaba más su actividad social que su actividad traductora. No hace mucho ha pasado por las pantallas europeas la cinta alemana de Eric Till (*Luther*) en la que un despechugado Lutero se adapta a la estética postmodernista y en la que la traducción tampoco está presente, al reducir el argumento a las exigencias del cine de acción.

Por su parte, la Malinche y, en muchísima menor medida, Jerónimo de Aguilar, han llenado muchas páginas de la literatura americana y han dado una abundante iconografía. No solo los cronistas de la Conquista, tanto españoles como indígenas (los que Miguel León Portilla ha llamado “la voz de los vencidos”) han mencionado y tratado innumerables veces la labor de las lenguas Malinche y Aguilar en el juego de des/entendimientos en el que se desarrolla la Conquista. En la literatura mejicana y mesoamericana, Malina ha sido un motivo constante, tanto en el formato novelístico como en el dramático. Carlos Fuentes, en *Todos los gatos son pardos*, o el costarricense José León Sánchez, en *Tenochtitlan*, utilizan a la intérprete azteca como motivo de reflexión sobre la identidad mesoamericana. En cierto pasaje de la obra de Fuentes, más tarde rehecha bajo el título *Ceremonias del alba*, convierte a esta “lengua” (trilingüe, pues, como se sabe, Malina manejó el náhuatl, materno, el maya aprendido en la cautividad y el castellano adquirido en el trato con los castellanos) en la clave del éxito de la labor conquistadora de Cortés. En cierto momento dice Marina al Conquistador:

Tu brazo es fuerte. Pero necesitas alguien que posea las llaves del mar y la montaña, que conozca las ilusiones y desilusiones de esta tierra, sus fuerzas y sus debilidades; y sus temores también (...) Yo sólo soy la lengua.¹⁴

13- SCHIEB ASTA, (1985), *Kinder des Ungehorsam*, Eine Liebesgeschichte, Múnich, Nymphenburger. La obra reepte ediciones con ciert periodicidad.

14- FUENTES CARLOS, (1980), *Todos los gatos son pardos* en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, p. 1188.

También en la crónica oral indígena, que el franciscano Bernardino de Sahagún recogería y fijaría por escrito, se alzaba, un tanto acusadora, la voz de un vencido contra la Malinche. También se dijo, se puso ante los ojos, se le hizo saber a Motecuhzoma, se le comunicó y se le dio a oír, para que en su corazón quedara bien puesto “Una mujer, de nosotros los de aquí, los viene acompañando, viene hablando en lengua náhuatl. Su nombre Malintzin, su casa Tetícpac. Allá primeramente en la costa la cogieron”.

No solo autores mesoamericanos como Fuentes o Carpentier; también escritores no americanos han utilizado frecuentemente la vida y los milagros de la Malinche como asunto de sus escritos y creaciones. *Haniel Long* (1888-1956), poeta norteamericano nacido en Birmania, que con frecuencia recaló en temas de la Conquista, hacía de Malinche el *pendant* femenino del conquistador Cortés. Sin alardes de prevenciones indigenistas, hacía “no una santa, sino una mujer” y un instrumento del destino:

Quando mi padre, el cacique de Oluma, murió, yo tenía ocho años. Mi madre me vendió en la feria de esclavos de Tabasco para asegurar la herencia de mi hermanastro. Este fue ya el primer hito de un camino que yo tuve trazado ya desde mi nacimiento.¹⁵

Incluso la literatura española actual, a pesar del silencio prolongado de nuestras letras peninsulares con relación a Malinche, no deja de utilizar su figura con fines revisionistas de la historia. Esto es lo que hace, por ejemplo, Jerónimo López Mozo en *Yo, maldita india*¹⁶, obra de teatro premiada por la RAE con el Premio Álvarez Quintero. La personalidad de la intérprete indígena se prestaba como anillo al dedo para el teatro de López Mozo, autor especializado en revisiones históricas con matizados fines de *agitprop*. La trama de la obra se centra en su calidad de fundadora del mestizaje y en la reivindicación de su figura: como perteneciente a un pueblo sometido por los mexicas, “ella también odiaba a los aztecas”, dirá López Mozo.

Justo es decir que la presencia de Malinche en novelas y relatos resulta exagerada y casi abusiva si se consideran solo sus méritos de interpretación, ni mayores ni menores que los de otros intérpretes de la Conquista. La obra de Carmen Wurm *Doña Marina la Malinche*¹⁷ recoge casi exhaustivamente todo el corpus literario malinchiano. En la figura de la muchacha india de Tabasco, vendida primero a unos mercaderes mayas (aspecto que a veces se pasa por alto) y más tarde entregada a Cortés, quien a su vez finalmente la entregaría a Jaramillo, inciden muchos aspectos que

15- Cita realizada sobre la versión francesa de TEMPLE F. J. y LONG HANIEL (1970), *La merveilleuse aventure de Nuñez Cabeza de Vaca suivi de Malinche (Doña Marina)*, Rouen, Pierre Jean Oswald.

16- LÓPEZ MOZO J., (1990), *Yo, maldita india*, Madrid, Centro de Documentación Teatral.

17- WURM CARMEN, (1996), *Doña Marina, la Malinche, eine historische Figur und ihre literarische Rezeption*, Fráncfort, Vervuert.

trascienden su valencia estrictamente como intérprete. Cristina González Hernández estudia el papel desempeñado por la Malinche en la identidad mejicana y su formación¹⁸. Por su parte, la dimensión feminista de muchas de las reflexiones que ha provocado su personalidad deja en un segundo lugar, su valencia como intérprete y como sujeto de la moderna historia mejicana. Tal, el libro de la autora de *Como agua para chocolate*, Laura Esquivel, quien en su *Malinche* plantea más la situación de dependencia femenina en la que desde el primer momento vive inmersa en un mundo polarizado entre conquistados y conquistadores, que su papel como sujeto activo en la historia de la Conquista. En una escena desarrollada en el temescal (baño de vapor), Malinali se hace una reflexión que más habla de una relación de inteligente dominio femenino que de una actitud de sometimiento o de ambiciosa revancha frente a sus compatriotas, todo ello en el contexto de una evocación idealizada de la sociedad mexicana que la guerra ha roto. Como a toda mujer,

Le gustaba verlo callado. Con la boca cerrada. Cuando no se expresaba verbalmente, Malinalli podía imaginar que la flor y el canto invadían sus pensamientos; en cambio, cuando hablaba, lo que él decía contradecía en todo lo que ella pensaba, lo que ella anhelaba, lo que ella soñaba.¹⁹

En general, cabe decir que, a pesar de la connotación negativa del término “malinchismo” entre el pueblo llano mejicano, en la ficción literaria la figura de Malina sigue saliendo muy bien parada: Carlos Fuentes advierte, en el prefacio a sus *Todos los gatos son pardos*, acerca del valor de mediación y síntesis de dos mundos opuestos que representa la Malinche:

El poder y la palabra. Moctezuma o el poder de la fatalidad; Cortés o el poder de la voluntad. Entre las dos orillas del poder, un puente: la lengua Marina, que con palabras convierte la historia de ambos poderes en destino: el conocimiento del que es imposible sustraerse.²⁰

Mucha mayor presencia en las letras, por no mencionar las artes, que los anteriores ha tenido Jerónimo de Estridón, en su caso en la literatura biográfica y legendaria. La accidentada vida de San Jerónimo, que bien daría argumento para una novela criminal (episodios como el asalto de su monasterio belenita por una partida de pelagianos o la consagración sacerdotal, *velis nolis*, de su hermano darían un buen argumento al estilo de *El Código da Vinci*), fue especial motivo de la creación hagiográfica medieval, muy dada a exageraciones e invenciones: Ya en el siglo IX, su vida sirvió de apoyo a brillantes fabulaciones, tal y como sucedió en la *vita divi hieronymi*, libro en el que el santo traductor cargaba con el episodio

18- GONZÁLEZ HERNÁNDEZ CARMEN, (2002), *Doña Marina (la Malinche) y la formación de la identidad mejicana*, Madrid, Encuentro.

19- ESQUIVEL LAURA, (2007), *Malinche*, Madrid, Santillana, p. 105.

20- FUENTES CARLOS, (1991), *Ceremonias al alba*, Madrid, siglo XXI, p. 9.

apócrifo del león mansurrón, de tanta fecundidad iconográfica y etnográfica, pero de tan escaso valor histórico. De nuevo no es el perfil de traductor lo que más destaca tanto en sus biografías como en los ensayos a los que da lugar. De hecho, en los numerosos ensayos de los que ha sido objeto o víctima, sus méritos biográficos, su vida y sus milagros ganan perfil frente a su estricta labor traductora y traductológica. Ya en el siglo IX han aparecido las primeras biografías del eremita de Belén, quien quedaría consagrado en sus líneas legendarias (el episodio del león, por ejemplo) en la breve reseña que en el siglo XIII le dedicó el dominico italiano Jacobo de Vorágine en su *Legenda aurea*. Éste destacaba “sus comentarios y su traducción de las Escrituras” pero abundaba también en episodios secundarios de su biografía. El fraile predicador aducía la autoridad de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla para resaltar la calidad traductora del eremita de Belén: “Jerónimo conocía tres lenguas que él traducía mejor que nadie, porque como era un traductor cristiano, era a la vez más fiel a la letra, más claro en la transmisión del sentido y más verídico por su interpretación cristiana”²¹. A partir de ahí fueron numerosos las leyendas, los “cantos” y las “vidas” que se dedicaron al santo dalmata.

Trabajos “serios” como el del P. Sigüenza sobre la vida de Jerónimo, de carácter aproximativamente historiográfico²² se compaginaron con la presencia de san Jerónimo en la literatura popular. Así por ejemplo, la *Canción Real*, compuesta por el monje jerónimo de Sevilla Adrián del Prado en el siglo XVII y ampliamente estudiada por la hispanista M. Ambrogetti, es quizás la obra que, sin prescindir de lo devocional, más claras pretensiones literarias manifiesta. Por su parte, la biografía del santo que introduce la edición de sus obras realizada por Erasmo fue un intento de desmitificación de la figura que había ido acumulando episodios de escaso contenido histórico. Trabajos más modernos derivan hacia perfiles más generales que no excluyen el componente intelectual. Por ejemplo, el escritor alemán Theodor Weissenborn ha dado a una de sus obras, aunque sólo alusivamente, el título de *Hieronymus im Gehäuse*²³. No en último lugar debe mencionarse el trabajo de V. Larbaud que en su *Sous l'invocation du Saint Jerome*²⁴ hizo conocer, al menos entre los teóricos de la traducción, la labor de uno de los grandes prohombres de la antigüedad tardía.

Por supuesto que los trabajos de carácter científico –se cuenta por centenares– consideran todas las vertientes de su variante personalidad. Quizás sea esta la que justifica la chocante afirmación del teólogo Alfons Fürst, que comienza su monografía *Hieronymus* de manera categórica:

21- DE VORÁGINE JEAN, (2004), *La légende dorée*, París, Gallimard. p. 816.

22- SIGÜENZA P., (1595), *Vida de San Gerónimo, doctor de la Santa Iglesia*, Madrid.

23- WEISSENBORN THEODOR, (1992), *Hieronymus im Gehäuse*, Berlín.

24- LARBAUD V., (1946), *Sous l'invocation du Saint Jerome*, París, Gallimard.

Der Kirchenvater Hieronymus (...) war ein Exzentriker".²⁵ Por esta su excentricidad, Jerónimo sigue prestándose como motivo de reflexión para estudiosos y creadores.

Así pues, a juzgar por la presencia de estos traductores en estas disciplinas creativas, uno se siente inclinado a negar la mayor de aquel argumento con el que Ortega proponía la imposibilidad de la traducción perfecta: el apocamiento temperamental de los traductores. ¿Apocamiento Jerónimo de Estridón? Nadie exigirá que Ortega hubiera tenido que dominar la historia de la Patrística, pero cierto es que si hubiera conocido la biografía de nuestro traductor, habría tomado buena nota de las reacciones airadas del monje de Belén que poco casaban con la actitud que Ortega nos supone a los profesionales de la versión "Escribir bien supone cierto radical denuedo. Ahora bien, el traductor suele ser un personaje apocado. Por timidez ha escogido tal profesión, la mínima (...) ¿Qué hará con el texto rebelde? ¿No es pedirle demasiado que lo sea él también y por cuenta ajena?", pontificaba nuestro filósofo"²⁶.

5.- Traductores en la sombra de la historia

Pero junto a estos destacados personajes universales de la historia a los que la actividad les abrió las páginas de la memoria de la posteridad, una turbamulta de profesionales, ocasionales o constantes, por devoción o por obligación, han logrado un perfil histórico que, aunque menor, interesa destacar. Algunos de ellos han merecido su paso al género biográfico, otros han pasado a las artes documentales (el retrato o el grabado), otros han dado testimonio historiográfico de lo visto, oído y traducido, pasando con ello a la historia de la autobiografía y de la literatura como memorialistas, y otros finalmente a la historia de la especialidad al haber destacado notablemente en el ejercicio de la traductografía o la traductología.

5.1.- Traductores reformadores y librepensadores

Durante la Reforma y la Contrarreforma fueron varios los traductores que, sin llegar a la categoría de heresiarcas, mantuvieron sin embargo una actitud valiente de sinceridad y de compromiso con su conciencia. Sin llegar a la categoría de reformadores del cristianismo ni a cómplices de un evento de envergadura histórica, hay muchos traductores que esperan la atención del historiador o del creador para lanzar también su mensaje vital o profesional a una sociedad necesitada de valores y de paradigmas de

25- Fürst Alfons, (2003), *Hieronymus. Askese und Verlag in der Spätantike*, Friburgo. La obra de este teólogo munsteriano ha tenido bastante buena acogida entre los estudiosos de este padre de la Iglesia.

26- Citado según VEGA MIGUEL A., (1993), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Madrid, Cátedra, p. 323.

comportamiento. Tyndale, Dolet, Casiodoro de Reyna o Amyot, insignes traductores del renacimiento, casi todos ellos de accidentada biografía, podrían constituir una fuente de inspiración de gran productividad literaria. La supuesta filiación real de Etienne Dolet, su actividad como impresor o su muerte en la hoguera en la Place Maubert de París así como la causa que le llevó al fuego (la traducción y la publicación de un diálogo pseudo-platónico que ponía en entredicho la inmortalidad del alma) constituyen el núcleo de un currículum lo suficientemente atractivo para cualquier pluma que quisiera medir sus capacidades dramáticas o narrativas con la recreación de los ambientes del pasado y la descripción de los procesos anímicos²⁷. Por su parte, William Tyndale (1484-1536), primer versor al inglés de una Biblia de inspiración reformada, vería perseguidas no solo su traducción (1524), sino también la serie de tratados escritos con intenciones reformadoras (*Obedience of Christen Man and How Christen Rulers Ought to Govern*) tanto en Inglaterra como en el Continente, donde residió durante años y donde acabó ahorcado y quemado en Flandes. Al parecer, sus escritos llegaron a sacar de sus casillas al *fidei defensor* Enrique VIII, cosa por lo demás no difícil de conseguir. Su biografía ha sido filmada en dos ocasiones.²⁸ Casiodoro de Reyna (1520-1594), monje jerónimo del monasterio sevillano de San Isidoro, tuvo que huir primero a Ginebra y más tarde a la Alemania reformada para salvar su vida y poder dar a la imprenta su traducción de la Biblia (la *Biblia del Oso*), dejando tras de sí una amplia estela de contactos y relaciones. En el acto de fe sevillano de 1562 fue quemado..., en efígie, por suerte. Su biografía, lo mismo que la de Francisco de Enzinas (1518-1552), debe figurar tanto en una historia internacional de la heterodoxia como en la de la traducción. Este último bien podría haber dado, si no el modelo, sí cierta inspiración para la novela histórica *El hereje* de Miguel Delibes. De noble ascendencia castellana, Enzinas se trasladaría a Flandes donde empezaría a traducir del griego el NT, versión que acabaría en Wittenberg, donde mantuvo amistad con Melanchton, e imprimiría en Flandes. Perseguido por la justicia eclesiástica por el mero hecho de haber traducido el Evangelio, llevaría una vida errática bajo diversos incógnitos (Dryander, du Chesne, etc.) por Alemania, Suiza, Inglaterra y Flandes, hasta acabar víctima de la peste en Estrasburgo después de sobrevivir a duras penas como profesor, libelista y editor. Sus traducciones de Livio y Plutarco y sus memoriales le hacen un ejemplar del erudito librepensador que cursaba en el ambiente reformista centroeuropeo.

27- Son varias las ciudades francesas que han dedicado una calle al impresor y traductor mártir, entre ellas Arles, sede del Colegio de Traductores Literarios de Francia. Las estatuas, bustos o grabados que de él se conservan son numerosos y la bibliografía, científica o literaria, importante. Destacamos aquí la obra de BOULMIER JOSEPH, (1857), *Estienne Dolet : sa vie, ses oeuvres, son martyre*, Paris, Aubry.

28- Una de esas filmaciones lleva el interesante título de *God's Outlaw: The Story of William Tyndale*, 1986. Dir. Tony Tew.

Gran interés como ejemplo de heterodoxia²⁹ tiene la corta pero aventurada biografía del sevillano abate Marchena, (José Marchena, 1768-1821), volteriano a ultranza, blasfemo e irreverente clérigo afrancesado, preso de Robespierre durante el Terror en Francia, exilado en Suiza por la Revolución, miembro del ejército de ocupación del Rin por parte de los franceses, colaborador de las fuerzas francesas en España, políglota y traductor de Montesquieu (*Cartas Persas*), Voltaire (*Cuentos y novelas*), Rousseau (*La nueva Eloísa*) y el *Ossian*. Su posición a la hora de trazar el panorama de la vida intelectual española del siglo XVIII y del siglo XIX es imprescindible. A pesar de eso, no ha salido del ámbito de la investigación: solo algunas calles dedicadas a su memoria y una escueta placa conmemorativa en su última vivienda en Madrid recuerdan su labor.

5.2.- El traductor misionero

Una casta de mediadores que la memoria de la contemporaneidad prefiere olvidar debería también estar en la historiografía de la especialidad. Nos referimos a los misioneros cristianos, que a partir del concilio de Lyon (1274), reinician la misión cristiana y suponen la sustitución de la Cruzada por otras formas de propagación religiosa. Giovanni de Pian de Carpine y su misión ante el gran Khan de Mongolia, Giovanni de Montecorvino, Bernardino de Sahagún o Andrés de Olmos o los jesuitas entre los guaraníes, por mencionar solo los más importantes capítulos de esta gesta lingüística en épocas en las que la adquisición de lenguas suponían esfuerzos heroicos, son personalidades que la historiografía de la traducción debería rescatar haciéndola pasar de la historiografía general a la de la especialidad. En efecto, fueron numerosos los misioneros que intentaron servir de puentes entre los mundos desde sus perspectivas, en el peor de los casos equivocadas pero bien intencionadas (hoy, por desgracia y desde una perspectiva hipócrita de lo políticamente correcto, se tachan de inaceptables), que han pasado a la historia. Giovanni de Montecorvino, fraile franciscano que tras largos años de itinerancia, a finales del siglo XIII, llegaría a Pekín y trabajaría con los cristianos nestorianos y contra ellos, allí establecidos desde antiguo, y luego llegaría a ser arzobispo de Pekín, gran lingüista, traduciría los textos canónicos (*Nuevo Testamento* y *Salmos*) del cristianismo al huir, la lengua tártara. Es un caso ejemplar de misionero traductor que en esta su doble calidad se ha hecho acreedor de varias biografías y numerosos estudios.³⁰

29- Menéndez Pelayo recoge su figura tanto en sus *Heterodoxos* como en su *Biblioteca de Traductores*.

30- LA DE GASPAR HANG (1997), *Juan de Montecorvino, fundador de la Iglesia Católica en China*, Madrid. Es la última aportación a la bibliografía corviniana.

También profesional de este tipo de transculturación fueron los jesuitas Michele Ruggieri (1543-1607) y sobre todo Matteo Ricci (1552-1610), quienes en la China hermética a las influencias exteriores, se preocuparon a finales del siglo XVI de insembrar la rica cultural oriental con nociones y conceptos occidentales desconocidos y, a la inversa, de dar a conocer en Occidente el enorme abanico de logros culturales de la milenaria China. Traductor de los *Elementos de Geometría* de Euclides, intentó compaginar la cosmovisión confuciana con la cristiana, lo que dio lugar a una fecundísima controversia de antropología cultural que se prolongó más allá de su muerte. Su curriculum ha sido en varias ocasiones biografiado. Las representaciones, más que retratos, de este jesuita tienen un valor estrictamente documental o devocional más que artístico. La celebración del centenario de su muerte ha dado lugar a reediciones de monografías como la del historiador británico Vincent Cronin, hijo del escritor escocés Archibald Cronin.³¹ El jesuita Claude Larre, fundador del Instituto Ricci de París, quizás ignorando la labor de los franciscanos en Méjico, le ha hecho el iniciador de “una misión que evangelizaría a los pueblos sin expulsarlos de su cultura”. En efecto, en las latitudes mesoamericanas nombres como los de Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún o Alonso de Molina son testimonio de esa misión que une la convicción de lo propio con el respeto por lo otro y que fue ejercida mucho antes incluso de que Ricci lo pusiera en práctica en el Lejano Oriente. Quizás la mayor personalidad de esta misión que actuaba de mediadora en el diálogo de la cultura cristiana con el mundo no cristiano sea la del franciscano Bernardino de Sahagún que en su *Historia General de la cosas de Nueva España* incluiría la traducción de la “antigua palabra” como se ha denominado a las tradiciones orales de los aztecas. Los numerosos trabajos de Miguel León Portilla o Ballesteros Gaibrois³² han hecho justicia a la labor de este prototipo de antropólogo traductor y nos dispensan de tratarle aquí con el detenimiento merecido.

Tras las huellas de Montecorvino y Ricci seguiría, siglos después, el misionero luterano alemán, Karl Gützlaff (1803-1851), experto en lenguas orientales que tradujo la Biblia al siamés y realizó varios diccionarios (del japonés y del chino), actuando como intérprete de sociedades comerciales y como intérprete (en la los acuerdos de la Guerra del Opio, por ejemplo) con fines misioneros. También como Ricci o Montecorvino utilizó la indumentaria china como factor de empatía con la cultura de destino³³.

31- CRONIN VICENTE, (1957), *The Wise Man from the West, Matteo Ricci and his Mission to China*. Hoy en día existe un Instituti Ricci en Taipei, fundado en 1966, dedicado entre otras cosas a la propagación de la cultura y medicina chinas.

32- La bibliografía dedicada a Sahagún es centenaria en antigüedad y cantidad. A título de aproximación mencionamos los trabajos de BALLESTEROS GAIBROIS, (1973) *Vida y obra de fray Bernardino de Sahagún*. León CSIC; ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN PORTILLA, (1990) *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, Méjico.

33- Karl Gützlaff (1803-1851) und das Christentum in Ostasien. *Ein Missionar zwischen den Kulturen*. Nettetal, Steyler Verlagsbuchhandlung, 2005.

5.3.- El traductor editor

El trato con el libro que la profesión le impone al traductor, ha hecho que en ocasiones haya pasado a otra actividad paralela: la de la edición. Ya hemos mencionado a E. Dolet como editor de obras clásicas. En el siglo XVII, Nicolás d' Ablancourt, el epónimo de las "bellas infieles", podría ser ejemplo de empresa-taller familiar de traducción y edición de libros, pues a su muerte su viuda y sus hijos continuaron la tarea de edición/traducción en el espíritu del padre, añadiéndose así a los no escasos editores que ejercieron de traductores y a la inversa. Una gran personalidad en los anales de la traducción que de estos ha saltado a la historia general en parte gracias a la actividad editora, es la de Justin Bertuch (1747-1822), hombre de letras y empresario que en los años iniciales del Weimar clásico se dedicaría a propagar las literaturas portuguesa y española, iniciando una actividad como editor, traductor y publicista que le permitiría dar a la luz pública la segunda traducción del Quijote al alemán, actividad traductora que, con sentido muy pragmático, utilizaría para perfeccionar sus escasos conocimientos de español. En 1775 daría a la imprenta el resultado de la misma, presentando al público alemán la obra de Cervantes y la de Avellaneda en una edición conjunta, cuya ilustración encargaría al célebre grabador Chodowiecki. Los rendimientos de esas traducciones, que él mismo comercializaría, le proporcionarían un importante bienestar económico que le permitiría establecer en Weimar una Oficina de Industria dedicada a la impresión y a la edición de libros y a diversas actividades industriales y artesanas como, por ejemplo, la fabricación de flores de papel. También fundaría la *Allgemeine Literatur-Zeitung*, revista de literatura que propagó los nuevos cánones estéticos. La notoriedad adquirida con ella lo llevaría a hacerse cargo de la tesorería del duque Carlos Augusto y a mantener relaciones de amistad con la crema de la cultura alemana, que en esos momentos se estaba congregando en la capital del pequeño Ducado: Wieland, Herder, Goethe, etc. Él pondría en contacto a este último con la que después sería su esposa y madre de su hijo, Christiane Vulpius. Con la llegada de Napoleón a Alemania, en sus campañas de éste contra Prusia y Austria (batallas de Austerlitz, Jena, etc.), y más tarde, en la retirada de Rusia a través Weimar, Bertuch desarrollaría una brillante actividad patriótica al imprimir manifiestos antinapoleónicos, por los que tuvo que huir y buscar acogida fuera del Ducado. Tanto su presencia política y empresarial en la sociedad alemana del momento como sus traducciones han merecido diversas monografías, siendo un personaje imprescindible a la hora de trazar el perfil cultural del Weimar clásico³⁴.

Los procesos de Independencia de las naciones americanas implicarían siempre la utilización de los medios de comunicación, la labor de edición y,

34 Kayser, G., (2000) *Friedrich Justin Bertuch*, Tubinga, Niemeyer. La iconografía (retratos mayormente) de Bertuch no es escasa. El que le hiciera en 1796 Tischbein, el pintor de Goethe, es tal vez el más destacado.

en ocasiones, de la traducción. Tanto en este apartado como en el siguiente cabría colocar la personalidad Francisco Miranda (1750-1816), el “protólíder” de la Independencia hispanoamericana, que tradujo y editó la *Carta* del peruano Viscardo de Guzmán “a los españoles americanos”, que tanta trascendencia tendría en el desarrollo de la Independencia. El estudio de G. Bastim (“Francisco Miranda, Precursor de traducciones”) dice todo lo que se pueda decir al respeto y de ahí que sobre cualquier añadido en nuestro trabajo.³⁵ Andrés Bello López (1781-1865), otro de los creadores de la identidad americana, fue traductor y editor, amén de hombre de estado. Su labor como traductor ha sido estudiada en profundidad por María Alejandra Valero y su trayectoria política lo mantuvo durante años en Londres para acabar en Chile como rector de la Universidad que él creó.³⁶ La personalidad pública del padre de la nación cubana, José Martí Pérez (1853-1895) es más que conocida, aunque quizá no tanto en su calidad de traductor. Su labor de editorial en Norteamérica fue simultaneada con la de la traducción. La monografía de Arencibia³⁷ ha dado cumplida información de este personaje que alternó la creación, la traducción y la acción política y guerrera.³⁸

5.4.- Estrategas y traductores

Como en el caso de muchos escritores que dedicaron sus horas no bélicas a la escritura (César o, parcialmente, Cervantes), también han existido profesionales de la guerra que han dedicado sus ocios al ejercicio de la traducción. El hecho de que muchos servidores de la espada lo hayan sido también de la traducción es un dato más que habla en contra de la naturaleza apocada que Ortega atribuye al traductor. El Inca Garcilaso, ya en España, empuñaría primero la espada en la guerra de las Alpujarras para después iniciar su traducción de León Hebreo. En esa época del Inca tiene lugar la muerte en batalla del capitán, poeta y traductor valenciano Francisco de Aldana (1540-1578) recogido por Menéndez Pelayo en su *Biblioteca de Traductores Españoles*. Siendo asesor militar por encargo de Felipe II del malaventurado rey portugués Don Sebastián, acompañó a este en su derrota y su muerte en Alcazarquivir (1578), no sin antes haber dejado la traducción de las epístolas de Horacio y las *Heroidas* de Ovidio, al parecer perdidas. Según información del erudito santanderino, al morir

35- Se puede consultar bajo en la dirección del portal de HISTAL, universidad de Ottawa.

36- La llamada “madre patria”, generosa en el recuerdo con sus hijos americanos, lo nombró miembro de la RAE y en los años setenta le dedicó un sello de correos de alto valor desde el punto de vista filatélico. Son numerosas los cuadros que dan cuenta de la personalidad física de A. Bello López. El de Tito Salas “Lección de Andrés Bello”, lo representa impartiendo una idílica lección campestre.

37- ARENCIBIA LOURDES, (2000), *El traductor Martí*, Pinar del Río.

38- La iconografía a la que ha dado lugar el culto que le profesan los cubanos es numerosísima y sería prolijo explicitarla.

Aldana, su hermano Cosme le dedicó una serie de sonetos “en lamentación de la muerte de su hermano”, con lo cual también Aldana pasó al pateón de la poesía española, aunque de menor formato.

Es también Menéndez Pelayo el que recoge la biografía y obra traductora del conde de Noroña (1760-1815) que participaría muy activamente en el fallido sitio de Gibraltar, así como en las guerras contra la República Francesa y en la guerra de la Independencia. Fue también embajador en Dresde. En medio de tanto trajín bélico daría forma española a sus *Poesías asiáticas*, antología de poemas árabes, persas y turcos.

Otro caso no menos destacado es el del general argentino Manuel Belgrano, (1770-1820), no muy feliz como estratega, pero audaz traductor, pues se atrevió con el Dante. Creador de la bandera nacional con la que tan identificados se sienten los nacionales de este país, dedicó las pausas bélicas que le permitían las campañas de la Independencia a una confrontación lingüística, al traducir la *Divina Comedia*. Sobre su perfil de traductor se informa detenidamente en este volumen³⁹.

5.5.- El traductor al servicio de la política y la diplomacia

Una variante de la actividad profesional de los traductores es la de aquellos que compaginan la actividad traductora con el servicio a la diplomacia, la política o las cancillerías. Ha sido la nuestra una actividad que, al parecer, se ha acompasado con bastante facilidad al ritmo y al estilo de vida de las cancillerías. Los conocimientos lingüísticos o culturales han sido siempre una baza a jugar en las relaciones entre los estados y en la administración de los mismos y muchos estadistas los han utilizado de manera complementaria en un trabajo de acercamiento, al menos intelectual, de los pueblos. Los casos de traducciones realizadas por servidores del estado son numerosísimos. Una somera mención de alguno de ellos basta para probar la existencia de esta especie de traductor, una de las más destacadas de nuestra historia: Hunayn ibn Isaak (808-873), el gran traductor de la Casa de la Sabiduría de Bagdad, se destacó en vida por los cargos desempeñados al servicio del califa. Más tarde, como bien es sabido, las cortes europeas de los siglos XV al XVIII fueron también buen semillero no solo de escritores, sino también de traductores. Quizás quepa considerar como la figura más destacada de esta especie la del converso Alonso de Cartagena (1384-1456), que llegaría a canciller del reino de Castilla y a jefe de la diplomacia eclesiástica española en el concilio de Basilea, siendo embajador ante varias cortes y acabando su vida como obispo de Burgos.

39- En Argentina no es escasa la iconografía belgraniana: su mausoleo en la iglesia de los dominicos de Buenos Aires hace alusión a su papel político, no tanto a su actividad literaria, que por lo demás fue escasa. Otro prócer argentino, B. Mitre, también traductor, tiene su estatua en Roma cerca de Santa María Maggiore.

A lo largo de su vida traduciría una docena de obras: Seneca (*de vita beata*), Cicerón (*de officiis*, *de senectute*). Eneas Silvio Piccolomini, posterior papa Pío II, le dedicó el calificativo de “deliciae Hispaniarum” y su disputa traductológica con Bruni le ha hecho figurar en la historia de los pensadores de la traducción⁴⁰. También recogido en la biblioteca de Menéndez Pelayo figura la personalidad del vallisoletano Baltasar Álamos Barrientos (1555-1640), amigo de Antonio López, uno de los generadores de la llamada “leyenda negra” contra España. La desgracia de este lo arrastró también a él y tuvo que penar once años de su vida en la cárcel por orden de Felipe II⁴¹. Al morir este fue rehabilitado y consiguió su ascenso político llegando a ser un estrecho colaborador del Conde-duque de Olivares. Su obra traductora está referida mayormente a Tácito (*Germania*, *Annales*, etc.). Quizás en todos ellos la traducción ha actuado de ventilación a las preocupaciones y tensiones que el poder político comporta.

Daniel Huet (1630-1721), ha pasado a la historia de la disciplina no tanto como traductor, sino más como teórico de la misma gracias a su *de optimo genere interpretandi*⁴², primer ensayo de historia de la traducción y de los traductores, y editor de poemas griegos y latinos. La historia de Francia le reserva un puesto destacado entre los intelectuales del siglo XVII, ya que fue educador del Delfín y gran hombre de letras y de ciencia. Dejó unas memorias escritas de gran interés para el estudio de la época. Antoine Galland (1644-1715), primer traductor de *Las mil y una noches*⁴³ al francés, figura también en la serie de traductores “memorialistas” gracias a sus diarios, publicados en el siglo XIX.

Como el mencionado Bertuch, también el político austriaco Fr. Gentz (1864-1832) desarrollaría a través de la publicidad una actividad antinapoleónica, si bien su perfil se define mejor como el del político que funge de “eminencia gris”. Cuando, tras las “Befreiungskriege” (Guerras de Liberación) llega a “canciller del Canciller” Metternich, el director de orquesta del Congreso de Viena, Gentz había cimentado ya su fama en la traducción de obras tales como las de Edmund Burke *Reflections on*

40 - Su iconografía es abundante y destaca, obviamente, el sepulcro en la capilla de la visitación de la Catedral de Burgos, realizado por Juan de Colonia y Diego de Siloé, obra maestra del gótico flamígero español. En cuanto a la bibliografía, tanto la de carácter erudito como la de carácter biográfico es abundantísima. Un reciente trabajo del chileno N. Cartagena hace honor a su contribución al pensamiento traductológico. Junto a esta, cabe mencionar la monografía de FERNÁNDEZ GALLARDO L., (2003) *Alonso de Cartagena: iglesia, política y cultura en la Castilla del siglo XV*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

41- Se le sospecha como autor del *Discurso del gobierno* atribuido a Pérez, causa del conflicto con Felipe II.

42- Huet publicaría la obra *ad usum Delphini*, el hijo mayor de Luis XIV, el Gran Delfín, que no llegaría a subir al trono y que fue padre de Felipe V de España.

43- A. Galland, *Les mille et une nuits: contes arabes*. París, 1704-1708. Su relatos de viajes, publicados por Charles Schefer (*Journal d'Antoine Galland pendant son séjour à Constantinople 1672-1673*. Paris: Leroux, 1881) le hacen un interesante representante de la literatura de viajes y un caso más de traductor viajero.

the Revolution in France. A Critical Edition (Betrachtungen über die französische Revolution, 1793) o de Mallet du Pan *Considérations sur la nature de la révolution française et sur les causes qui en prolongent la durée, (Über die französische Revolution und die Ursachen ihrer Dauer, 1794)*, que determinarían su pensamiento político. Sus escritos de politología, su actividad de publicista y sus actuaciones en el Congreso de Viena le hicieron uno de los ideólogos del primer pensamiento conservador. Finalmente, su *liaison* de madurez con la bailarina del *biedemeier* vienés Fanny Elslser lo hace figurar en la historia europea de la frivolidad y representa ejemplarmente un aspecto oculto de la personalidad, socialmente inocua y anodina, del traductor.

Poco después de que Friedrich Gentz publicara su traducción de Burke, Wilhelm von Humboldt (1767-1835), que labraría su fama como gran lingüista, hombre de estado y diplomático al servicio de Prusia y creador de la Universidad de Berlín, que dio el modelo de la moderna universidad humanista, emprendería una traducción de la obra de Esquilo *Agamenon*, actualmente conocida por constituir la introducción que la precede la carta magna de la moderna teoría de la traducción. Este breve texto de filosofía del lenguaje figura en la historia de sus logros personales junto a la fundación de la Universidad berlinesa y la fundación de la filología vasca⁴⁴. El caso del décimo cuarto conde de Derby, Edward George Geoffrey Staley (1799-1869), fundador de la célebre carrera hípica de Empson, hay que situarlo en esta categoría de traductores políticos o, a la inversa, políticos traductores, ya que en 1865 dio a la imprenta una versión en verso libre de la *Iliada*. Representante destacado de los *tories*, llegaría en tres ocasiones a primer ministro de Inglaterra, pero en la actualidad se le recuerda por ser el epónimo de la famosa *horserace* de Empson y por su traducción de Homero en verso libre y una colección de poemas traducidos de autores antiguos y modernos. La versión de Homero alcanzaría 40 ediciones. Su actividad política ha caído en el olvido hasta el extremo de merecer un estudio alusivo a su supuesta intrascendencia histórica: *The Forgotten Prime Minister*.

Richard Burton (1821-1890), un oficial de la primera inteligencia británica en Oriente Medio, es hoy más considerado por sus traducciones que por sus aventuras viajeras y sus poemas. De servicio en la India, emprendería una peregrinación de incógnito a la Meca, extremo hartamente peligroso para un cristiano. Su versión libre de *Las mil y una noches* al inglés así como de otros cuentos y máximas de la literatura oriental (*The Remarkable Sayings, Apothegms, and Maxims of the Eastern Nations* e *Indian Fables and Tales of Bidpai and Lokmam*) le han hecho figurar en el registro de traductores destacados. Su versión es mencionada por Jorge Luis Borges en su trabajo sobre "*The Translators of The Thousand and One Nights*".

44- Su estatua sedente ante la Universidad que fundó es uno de los iconos más célebres de este gran lingüista.

No haríamos justicia al tema si no mencionásemos la actividad traductora de un trío de prohombres argentinos Mitre, Belgrano y Sarmiento que combinaron su actividad política o militar con la traductora. Sobre todo Domingo Sarmiento (1811-1888), quien tras una agitada vida que lo llevó de la mina al campo de batalla pasando por el exilio, llegaría a la máxima dignidad del país, la presidencia y traduciría media docena de obras del francés (*La vida de Jesús*⁴⁵ entre otras) que él mismo interpretaría como una contribución a la educación del pueblo argentino. También en la política y diplomacia argentina pero en sus niveles inferiores tuvo que actuar Santiago Avendaño, intérprete entre los ranqueles, indios de la Pampa, y las tropas de “cristianos” que intentaban poner coto a la penetración de aquellos en los convulsos años de mediados del XIX. Sus memorias⁴⁶ son un documento inapreciable para la percepción de lo que fue la historia de esta nación americana en el siglo XIX en unos momentos en los que Sarmiento hacía alardes de un anti-indigenismo actualmente escandaloso.

Sin abandonar el subcontinente sudamericano se debe mencionar la personalidad de Miguel Antonio Caro (1843-1919), gran traductor de Virgilio al español y crítico literario que llegaría, como Sarmiento en Argentina, a la presidencia de su país, Colombia. Finalmente, el que fuera el mayor filólogo peruano del siglo XIX, Ricardo Palma (1833-1919), que desempeñaría el cargo de director de la Biblioteca Nacional, actuaría también como traductor ocasional del francés y del italiano.

Una personalidad a caballo entre la vida aventurera, la antropología misionera y la traducción (como la de algunos de los anteriormente mencionados, Gützlaff o Burton por ejemplo) sería la del aristócrata italiano, fotógrafo y más tarde antropólogo en la Amazonia Ermanno Stradelli (1852-1926) quien, atraído por las culturas aborígenes del Nuevo Mundo, emigraría a Brasil, donde, en contacto con los misioneros y los indígenas, llegaría a identificar y hacer una versión italiana del *Yurupary*, poema cosmogónico de los indios del Vaupés, semejante al *Popol Vuh*, cuya redacción se debía a un indígena brasileño, Maximiliano José Roberto. Publicado en el *Bolletino della Società Geografica Italiana*. El autor de la traducción pereció víctima de una enfermedad que, en su caso, podríamos considerar profesional: la lepra.

Otros diplomáticos que practicaron la traducción pero que destacaron más como escritores (el mejicano Alfonso Reyes, el mejicano Carlos Fuentes,

45- *Vida de N.S. Jesucristo*. Traducida del francés con una descripción preliminar de la Palestina por Domingo F. Sarmiento. Adoptada por la Universidad de Chile para las escuelas primarias y aprobada por S.S.I. y R., el obispo de Cuyo y el Consejo Nacional de Educación. Leipzig, Brockhaus, 1885.

46- AVENDAÑO SANTIAGO, (2000), *Usos y costumbres de los indios de la pampa*, Buenos Aires, El Elefante Blanco. Se trata de la segunda parte de sus Memorias de un ex-cautivo.

etc.) los dejamos fuera de nuestra consideración pues este sería un capítulo aparte: el de los escritores traductores. Un salto que dejaría en el camino a un sinfín de estos traductores servidores de la memoria nos llevaría a los intérpretes que en la primera mitad del XX, cuando la interpretación consecutiva era preceptiva, fueron testigos directos de los convulsos acontecimientos de la época. Trabajadores de las alcantarillas de la política, fueron testigos excepcionales de la historia un Paul-Otto Schmidt (1899-1970) o un Gustav Hilger (1886-1965). El primero, que ya había prestado sus servicios lingüísticos bajo el canciller Stresemann, sería traductor jefe del *Auswärtiges Amt* del Tercer Reich, y en cuanto tal testigo de encuentros tales como el de Hitler y Franco o Hitler y Petain, participando, entre otras en la conferencia de Locarno. Fue autor de dos libros de memorias (*Statist auf internationaler Ebene* y *Statist auf der Galerie*) que aportan claves importantes a la hora de interpretar la personalidad de los políticos a los que sirvió de enlace. El autor acabaría dirigiendo la Escuela de Traductores de Múnich, una de las más afamadas de Alemania, a pesar de no estar incluida en el organigrama universitario. El segundo, diplomático e intérprete del Tercer Reich y al servicio de los Estados Unidos durante la guerra fría que, entre otras cosas, participaría como lingüista en el tratado que selló el Pacto de no-agresión entre la Unión Soviética y el Tercer Reich, dejó constancia de sus experiencias en *Nosotros y el Kremlin* (1955). Sus conocimientos lingüísticos y de los entornos de la cancillería soviética le salvaron de los procesos de desnazificación a los que fueron sometidos los nazis que no tenían en su currículo crímenes de guerra. También le posibilitaron, al finalizar la guerra, su utilización como experto soviólogo al servicio de la CIA. Tanto uno como otro, sin ser ni escritores ni historiadores profesionales mantienen en sus memorias una dignidad literaria que las puede hacer figurar con mucha decencia en los anales del género. Por parte rusa, Wladimir Pawlow, traductor de Stalin en la conferencia de Potsdam, ha dejado también sus memorias y Porparow, otro traductor del entorno de dictador soviético, sería el encargado de redactar las declaraciones de los ayudantes de Hitler Günsche y Linge a las autoridades soviéticas.

Por último cabe citar un caso más reciente de la presencia de los traductores en puestos destacados de la sociedad actual y por ende en las letras y las artes. En enero de 2010 ha pasado por las salas cinematográficas alemanas una cinta que tematizaba la vida de Svetlana Geier, traductora ruso-ucraniana que dedicó sus años a la traducción de los clásicos rusos al alemán, caso destacado de traductora inversa, sobre todo Dostojewski al alemán, lo que le ha merecido el calificativo de la voz de Dostojewski. *Die Frau mit den 5 Elefanten, Dokumentarfilm von Vadim Jendreyko*, 2009, narra las aventuras y desventuras de esta gran mujer que, vellis nollis, colaboró como intérprete de la ocupación alemana de Ucrania, para más tarde ser deportada a Alemania, donde sobreviviría al final de la guerra.

Establecida en Freiburg, su figura sería el alma de los estudios de eslavística en esta universidad.

6.- A modo de conclusión

Es evidente que la personalidad del traductor ha sido polifacética o, a la inversa, que muchas personalidades polifacéticas han dedicado su atención a la traducción. El muestrario de traductores de amplio espectro histórico podría constituir una enciclopedia, pero este breve recorrido por la intrahistoria de la traducción, que aquí hemos sometido al imperativo de la brevedad, puede ser indicativo de los méritos de los traductores y de su presencia (en segundo plano, pero presencia) en la historia, en el arte y en la literatura. En la trasera de toda traducción hay un ser humano: el traductor. En su entorno, la sociedad que la recibe y determina. A pesar de que la afirmación pueda parecer obvia y de Perogrullo, es necesario recordarla cuando se observa la historia que se está escribiendo. En efecto, ésta sigue siendo mayormente “historia del texto traducido”. Y sería necesario ampliarla y convertirla también en “historia de los traductores”. Sobre todo teniendo en cuenta que estos, en ocasiones, tuvieron tanta influencia como sus traducciones, extremo que pondría en entredicho el apocamiento que postula Ortega para la profesión.

Hace años ya que en la historiografía de la cultura Arnold Hauser propuso sacar la crítica literaria y del arte de la consideración inmanente que la condenaba, en parte, a un ejercicio virtuosista para el círculo de entendidos a costa de reducir su eficiencia social. Hora es ya de arrancar la historiografía de la traducción de la traducción misma y proyectarla sobre la sociedad que la recibe. De eso se trata y debe tratarse: de sacar a la palestra de la historia al traductor, para que el crítico y el sociólogo de la cultura, el intelectual, el estudioso de la historia tope con la presencia del traductor en la misma y se percate de que traducción y progreso o retroceso humano han ido siempre de la mano. El relato del general argentino Víctor Mansilla *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) continúa la tradición hispanoamericana (desde la época de la Conquista) de dar presencia a los lenguaraces cuando se trataba de narrar los encuentros con los pueblos originarios. En los últimos tiempos, la gran pantalla va metiendo en sus ficciones la figura del traductor, visualizando así el papel decisivo que éste tiene en la comunicación humana: *La niña de tus ojos*, *Spanglish* y más de un *western* (*La batalla de las colinas de whisky*, por ejemplo, de John Sturges, film en el que un voluntarioso intérprete pretende llevar al diálogo al hierático piel roja y al abusón rostro pálido) han dado un papel importante a los traductores en la trama de las cintas. El hecho de que *Avatar*, por ejemplo, incida en la circunstancia de la interpretación testimonia una conciencia cada vez mayor de las dificultades comunicativas que deben salvar los intérpretes y traductores.

En la actualidad tanto la literatura como las artes plásticas se resisten todavía a recrear una realidad que resulta ineludible en el funcionamiento de la sociedad y la historiografía elude unas biografías que estuvieron al servicio de la palabra. ¿Se debe ello quizás a que tanto el estudio de la palabra como el servicio a la misma suponen actitudes muy lejanas de los valores de la sociedad actual, volcada a la imagen y en la que la palabra primigenia queda desfigurada, por ejemplo, en la cultura del SMS? ¿Será quizás la dificultad que supone introducirse en la “caja negra” de ese servidor de la palabra la causa de la chocante ausencia en los numerosísimos relatos históricos que actualmente invaden el mercado de best sellers? Dado que “en el principio fue la palabra” y el principio queda, obviamente, muy lejos, el traductor parece quedar muy lejano de la percepción social. La palabra le resulta jurásica a una sociedad globalizada, velociférica y desmemoriada a causa de la máquina y de la imagen. Por otra parte, el hecho de que se postule la “transparencia”, la invisibilidad para la actividad traductora, es decir, su desaparición detrás del mensaje, es una petición de principio que redundará en perjuicio de su imagen pública. Solo los grandes nombres que a través de la traducción lograron hacerse visibles en la historia han sido tenidos en cuenta por la literatura y el arte. Lutero, san Jerónimo y Malina han tenido una presencia marcada en historias, relatos y representaciones iconográficas, aunque mayormente no por traductores, sino por protagonistas o comparsa del tiempo histórico que les tocó vivir. Pero sería cuestión de hacer ver que tanto Pizarro como Luis XIV, tanto Pedro I de Rusia como Livingstone han dependido, a pesar de las lenguas francas, del oficio y de los oficios de los traductores, fueran estos institucionales o privados. El día en que se lograra hacer ver en nuestro entorno la dependencia que este tiene de la traducción quizás el traductor accedería a la condición que realmente detenta: la de un pontífice de las relaciones entre los pueblos. Por esa razón, tiene mérito Claude Bleton, él mismo insigne traductor del español al francés, quien con *Los negros del traductor*⁴⁷ ha intentado la original empresa de sacar el mundo de los traductores al relato social. Ojalá sea este un ejemplo que muchos otros sigan. En todo caso a nosotros, los historiadores de la traducción nos correspondería reorientar la historia de la disciplina.

47- BLETON CLAUDE, (2004), *Los negros del traductor*, Madrid, Editorial Funambulista. Trad. de T. Gallego.